

cristianos sin Dios! Dios mio, Dios mio, ¡hasta dónde llega la ceguedad y la dureza del hombre! Vos le llamais, y no responde; le buscáis, y huye; os acercáis á él, y se aparta (1). Dios mio, Dios mio, ¿por qué os habeis humillado tanto? Si con más gloria apareciérais, no estaríais dias enteros en el Tabernáculo sin que nadie se acerque á vos para deciros siquiera: «Creo en vos, y os amo; bendecidme, buen Dios.» Es verdad; pero vos queréis que se os visite por amor, no por temor; que se os adore por la fe, no por la sola esperanza de vuestra gloria; porque solo así será meritoria para el hombre esta visita y esta adoracion. ¡Oh cuánto amais, Señor! Vuestra paciencia lo prueba. Un día y otro día pasan sin que nadie os visite en muchos templos, y sin embargo, no os vais, y permanecéis solitario, esperando que un hombre se acuerde de vos y venga á adoraros, para que cuando llegue no se encuentre sin vos. ¡Ah! Si nosotros amásemos de veras á Jesus, ¿quién nos apartaria de sus altares? ¡Con cuánto ardor repetiríamos las palabras de David: «Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes; mi alma codicia y desfallece por los átrios del Señor; he escogido estar abatido en la casa de mi Dios, antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores; porque es mejor un día en tus átrios que mil lejos de ti!» (2) Pero al ver que sucede todo lo contrario, es preciso decir que ha llegado la época anunciada por Jesucristo, de buscarse la fe en la tierra y no encontrarla (3): la incredulidad y la indiferencia con la sensualidad han helado los corazones, y la mayor parte de los

(1) Prov. I, 24.

(2) Psalm. LXXXIII, 2, 3.

(3) Luc. XVIII, 8.

cristianos vive sin fe, sin amor, sin Dios. Triunfad de ellos, Jesus mio; iluminadlos, atraedlos, inflamadlos: sed vos su Dios; sean ellos vuestro pueblo (1), y pongan en vos toda su esperanza, adorándoos y uniéndose á vuestro sacrificio, para no ser eternamente confundidos.

Esta esperanza nos descubre el segundo deber del cristiano hácia la Sagrada Eucaristía: el de la imitacion. En su vida eucarística como en su vida mortal, Jesucristo es el Redentor del mundo; y la redencion perfecta comprende dos partes: primera, librar al hombre del imperio del mal, reconciliándolo con Dios; segunda, dirigirle por el camino del bien, acercándolo á Dios. Lo primero hace Jesucristo, víctima por el hombre; lo segundo hace el Hijo de Dios, modelo del hombre; y ambas cosas perpetúa en ese Sacramento. Todos los dias pecamos, todos los dias necesitamos de la redencion; y como esta no se logra sino por el sacrificio, Jesucristo perpetúa su oblacion misteriosamente en manos del Sacerdote, sobre el Calvario del santo altar (2). Pero así como en los antiguos sacrificios, el que presentaba por su pecado una víctima á Dios por ministerio del Sacerdote, presenciaba su oblacion y á ella se unia en su corazon, significándolo con la accion de poner sus manos sobre la cabeza del animal que se inmolaba (3), pues descargando en la ofrenda su deuda exterior de expiacion, no po-

(1) Jerem. XXXI, 33; Oseæ, II, 24.

(2) Quia corpus absumptum ablaturus erat ex oculis, necessarium erat ut nobis Sacramentum Corporis et Sanguinis sui consecraret, ut celeretur jugiter per mysterium, quod semel offerebatur in pretium; ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam redemptionis oblatio, et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hil. Arelat. Hom. 5 de Pascha.)

(3) Levitic. IV, 15, 24, 29.

dia eximirse de la interior de contricion; así en el sacrificio real de Jesucristo, el pecador, al presentar su víctima al Eterno Padre, debe unirse á ella, debe participar de su sacrificio con corazón contrito y humillado para disponerse á la misericordia, diciendo como San Pablo: «Cumplo en mi cuerpo lo que falta á la pasión de Jesucristo (1).» Hé aquí por qué la santa Iglesia nos manda asistir al sacrificio augusto de la Misa, en el cual ofrecemos á Dios esa Víctima divina en testimonio de adoración y de gratitud, en prenda de expiación y de propiciación: y hé aquí el espíritu con que debemos asistir á este acto, el más sublime y esencial de la religión. Sin sacrificio no hay religión; y sin participación del sacrificio, sin unión del corazón del hombre, que en rigor debiera sacrificarse al Corazón de Jesucristo que, ocupando su lugar, se sacrifica, no se apropia el hombre aquella oblación, no cumple con el deber de ofrecer á Dios la víctima divina.

Cristo, inmolado por nosotros, exige que nos inmolemos con él: Cristo, modelo nuestro, exige que le imitemos, y esta imitación consiste en que pensemos como él y obremos como él (2). Para ello es necesario conocerle: el medio es la oración y la meditación. La oración, elevación del alma á Dios para atraer su luz, sin la cual el hombre divaga errante entre las tinieblas de la carne; la oración, deseo del corazón y suspiro del alma, que anhela á Dios; la oración, aldaba de oro con que el hom-

(1) Coloss. I, 24. Cum itaque, dicit Apostolus, adimpleo quæ desunt Christi passionibus, cave ne intelligas quod desit aliquid ex parte Christi, seu quod passio Christi non sit sufficiens ad redemptionem: hoc enim hæreticum est, ait D. Thomas. Sed intellige quod desit aliquid ex parte Pauli. (Piconio in hunc loc.)

(2) Rom. VIII, 9. Philip. II, 4.

bre llama al corazón de Dios, seguro de que se le responderá y se le concederá la gracia, sin la cual nada puede (1): y la meditación, que es la conversación de la tierra con el cielo, el comercio del hombre con Dios, que comunicándole secretos que la naturaleza no comprende, le da fuerzas que la carne no tiene. ¡Feliz el hombre que ora y medita! Él alcanzará ese conocimiento de Jesucristo, que es la vida eterna (2); y conociéndole, pensará como él, y sentirá como él; porque á fuerza de pasar sobre su alma sus verdades y sus misterios acabarán por fijarse en ella, por penetrar en su sustancia; serán su vida y vivirá de la fe, como el justo (3), vivirá del espíritu de Jesucristo (4). En la Sagrada Eucaristía, Jesucristo es un Dios escondido, como dijo Isaías (5); y lo es, para que el hombre no le descubra con los ojos del cuerpo sino con los del alma; y se vea precisado, para conocerle, á elevarse sobre la tierra por la fe, á penetrar en el misterio por la oración (6). Lo es para desprender al hombre de lo visible, y atraerle al mundo invisible de la gracia, donde aparecen las cosas en su verdad, al resplandor de la luz divina que sobre ellas se refleja.

Pero no basta tampoco conocer á Jesucristo para pensar como él. Es preciso, dice San Pablo, que su vida se

(1) Joann. XV, 5; II Corinth. III, 5.

(2) Joann. XVII, 3.

(3) Gal. III, 11.

(4) Rom. VIII, 14.

(5) Isai. XLV, 15.

(6) Quod Redemptoris nostri conspicuum fuit in Sacramenta transivit: et ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina successit, cujus auctoritatem supernis illuminata radiis, credentium corda sequerentur. (S. Leo, Serm. 2 de Ascens.)

manifieste en nuestra carne mortal (1); es preciso que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo (2), para que aparezcamos como otros Cristos en la tierra (3). Solo teniendo semejanza con él, podremos esperar la union con él; solo viviendo de su espíritu seremos suyos (4). Él es el fundamento, fuera del cual no puede ponerse otro (5), y solo edificando sobre él será sólida nuestra obra (6). En la Sagrada Eucaristía se nos ofrece ese fundamento, y se nos ofrece en el estado de víctima que ora al Padre, humillándose ante él y dejándose en sus manos, para enseñarnos que el estado natural de la criatura es el de la humillacion, la súplica y el anonadamiento, ante Aquel que le ha dado el sér, ofreciéndole el sacrificio de la alabanza, y presentándole sus votos con amor (7).

Y bien, hermanos, ¿cumplimos ese deber sagrado que nos impone Jesucristo? Él se sacrifica cada día y cada momento por amor á nosotros. ¿Nos sacrificamos nosotros con él y por él? Él se humilla y ora. ¿Nos humillamos y oramos con él? Él se nos pone delante como modelo y como fundamento, para que contemplándole, aprendamos, y para que adhiriéndonos á él, hagamos firme nuestra obra de santificacion. ¿Lo hacemos? El Profeta dice: Desolada está toda la tierra, porque no hay quien piense en su corazon, quien atraiga sobre ella la vida del cielo por la oracion (8). El hombre se reduce á

(1) II Corinth. IV, 11.

(2) Rom. XIII, 14.

(3) Qui Christum non habet in se, christianus non potest dici. (S. Aug., Serm. 17 de Temp.) Si christianus es, Christum tuum sequere, Christum tuum imitare. (S. Thom. Villan, conc. 2 in Natali Dom.)

(4) Rom. VIII, 9.

(5) I Corinth. III, 11.

(6) Id. id. et seq.

(7) Psalm. XLIX, 14.

(8) Jerem. XII, 11.

la vida del sentido y de la imaginacion: ha dejado la vida de la fe y del corazon. El Hijo de Dios perpetúa en el altar santo su sacrificio por el hombre: ¿qué parte tomamos en ese sacrificio? ¿Cómo se asiste á él? Pública es, Señores, la indiferencia, el fastidio y la pura exterioridad con que la mayor parte de los cristianos viene á participar de los terribles misterios de la religion. ¡Ingratos! Jesucristo se sacrifica por ellos, y lejos de unir su corazon al de la víctima, la insultan con su fria insensibilidad y su irreverencia.

Y fuera del templo, ¿lleva el hombre en sí la semilla de virtud que en el sacrificio se adquiere, copiando á Jesucristo? Él es el tipo de la humanidad: principió á serlo en el pesebre, continuó en Nazaret y en el Calvario, y lo es siempre en el Sacramento. Ricos de la tierra, tan apegados á los bienes del mundo, ¿qué hay de comun entre vosotros y el Dios del pesebre? Vosotros los que estais esclavizados por ese espíritu de libertad, de insubordinacion, de independenciam y de orgullo, que completamente os domina, ¿os asemejais á Jesus de Nazaret, tan humilde, tan sumiso, tan obediente y laborioso? Vosotros, á quienes irrita la menor contrariedad, y exaspera el más pequeño padecimiento, queriendo vivir en la molicie y en la sensualidad, ¿os pareceis al Dios del Calvario? Cristianos todos, que teneis vuestro modelo en ese Sacramento, donde Jesus se humilla, y se sacrifica, y se da para gloria de Dios y santificacion del hombre, ¿unís vuestro sacrificio á su sacrificio, vuestra humildad á su humildad, vuestra paciencia á su paciencia, vuestra caridad á su caridad, vuestra oracion á su oracion, para fundar sobre ese cimiento el edificio de vuestra santidad, y mantener viva y bien fundada vuestra esperanza de ser con él glorificados? ¡Ah, amados míos! Yo busco á Jesucristo entre los cristianos, y no lo

encuentro: su espíritu no parece ya entre nosotros: la Sagrada Eucaristía no ejerce ya influencia en el mundo, porque solo hay corazones que son como el leño verde saturado de agua, en que no prende la llama del amor divino: todos se avergüenzan de confesar á Jesus en su conducta; Jesus tambien se avergonzará de confesarlos por suyos en presencia de su Padre y de los Angeles. Le han dicho: *Recede à nobis* (1), aléjate de nosotros. Él dirá: *Discedite à me, maledicti* (2), apartaos de mí, malditos.

Examinemos el tercero de los deberes que impone al cristiano la Sagrada Eucaristía. Vínculo de caridad con que Dios se une al hombre, exige de este la gratitud, y por ella la caridad, la union.

SEGUNDA PARTE.

En el divino Sacramento poseemos á Jesus, Dios dado al hombre; Dios que se le entrega, y le comunica con su cuerpo su misma vida; Dios, que se le da en forma de alimento para más íntimamente unirse al alma y llevar al último extremo su liberalidad, haciendo que la criatura le posea como una parte de sí misma. Este don de Dios, de infinito precio, exige del hombre gratitud sin límites; esta comunicacion pide al hombre el amor, la comunicacion de sí mismo á Dios. Ahora bien, el modo mejor de probar el aprecio que se hace de un don, es

(1) Job. XXI, 14.

(2) Matth. XXV, 41.

usarlo con frecuencia y con satisfaccion. La gratitud, pues, debe llevar al hombre á la mesa eucarística frecuentemente y con las disposiciones oportunas. El mejor modo de agradecer un don, es llenar los deseos y realizar los designios del que lo concede. El deseo de Jesucristo al darnos su misma sustancia en alimento, es que lo tengamos dentro de nosotros, para que vivamos de su misma vida; sus designios, arrojar de nosotros con esta comida saludable, la sávia venenosa que nos comunicó el fruto funesto del árbol del paraíso. El mejor modo, en fin, de corresponder á un don que se estima y agradece, es negociar con él, para que creciendo sus efectos en nosotros, aparezcamos ante el que lo hizo, llevando las pruebas del uso provechoso que de él hemos hecho, para satisfaccion y gloria del donador. La gloria de Dios, pues, la voluntad de Jesucristo y nuestra utilidad exigen de nosotros que acercándonos á la sagrada mesa, nos unamos al mismo Jesucristo por la Sagrada Comunión. Para esto, y precisamente para esto, instituyó este Sacramento, que queda sin efecto para el hombre si no usa de él, como quedó sin efecto para Adán el árbol de la vida, del cual quiso Dios que se alimentara, y al que, sin embargo, no alargó la mano. Y porque la Comunión nos es útil y provechosa para santificarnos, es gloriosa para Dios: y porque es fuente de todo bien para el hombre, quiere Jesucristo que la recibamos. A la manera que una madre, sintiendo llenos sus pechos de la suave leche que sustenta al tierno hijo, le atrae, le descubre esa fuente de vida, le excita y apremia arriándole á su seno, y aplicando á sus lábios una gota que endulzándole avive sus deseos del precioso alimento; así Jesucristo, sintiendo su corazón amoroso lleno de vida sobreabundante, nos convida, nos apremia, nos descubre las dulzuras y los preciosos efectos de salud